

Monda regentó la "muletá" con conocimiento y sensatez, lo mismo que lo demás de la casa cuando se vino de la vega. Gran recela para todo interés de Don Ramón, sin excluir el acareo de "moruecos" descarriados en días de elecciones, que también lo entendía.

Conocía el terreno, conocía el ganado y sabía las necesidades de uno y de otro que procuraba satisfacer y en los días señalados de echar a los animales o de esquilo, se ponía de manifiesto el dominio que había llegado a adquirir con su entrega en el ejercicio diario, incluso a la hora de jugar, porque no había quien le aventajara a tirar la reja ni a saltar sobre los caballos y tumbar a las mulas para esquilarlas. Siempre le dejaban las más salvajes, pero echándoles mano a las orejas les metía la rodilla en el brazuelo izquierdo y caían en el acto porque no les tenía miedo y parecía como que se rendían a la destreza, a la confianza y a la seguridad del mayoral.

Todo lo singularizó Monda, hasta la casa donde paso su vida de muletero, situada en las largas del Pozo del Toro, que lleva su nombre. Allí había una piedra tan enorme que nadie creía que la hubiera podido llevar un hombre solo como la llevó él para tenerla de asiento y de adorno.

La parada de Don Ramón estaba en la Casa del Condecillo, de la Cañada del Ratón y a ella no faltaba el mayoral que dirigía cuidadosamente las operaciones de recelo y cobertura de los animales. Se hizo famosa y allí acudían todas las yeguas y burras de la comarca.

Lorenzo tuvo seis hijos, uno único varón, que heredó el título como los hijos primogénitos de las casas grandes y lo lleva con plena dignidad, Pedro Monda, y



Que Monda fue un gran caballista nadie lo pondrá en dudas y que a él le gustaba serlo tampoco. Hasta los nombres de los caballos domados por él y de su uso acreditan la suficiencia de que se creía investido al reservarse los más difíciles.

Aquí le vemos en la yegua SOBERBIA que le costó mucho dominar, pues hacía honor a su nombre. Aparece Lorenzo joven, anguloso, cetrino, de concentrado mirar, sobre un caballo de perfil africano, de capa torda, talla mediana, bien plantado, de remos finos y sólidos y cascos pequeños y duros. Cruz poco saliente, poco ensillado, más bien alto de riñones, ojos grandes, cabeza pequeña y cuello más bien corto, pecho espacioso, con el escudo del Condado puesto en la nalga. Monda lleva traje de pana, ribeteado de cinta, todo negro, como el chambergo que echa un poco hacia atrás, percibiéndose en su frente espaciosa las amplias entradas de una calvicie precoz.

En el conjunto de sus rasgos es más pura sangre el jinete que la jaca y no dejarían de probarlo los alardes en el salto y en la monta donde el adorno y la fantasía pastoriles sobresaldrían con honor.

Tuvo otra yegua de nombre guerrero LA IMPOSIBLE, fina, "baya" oscura, estrellada en la frente y el caballo TORERO que en un día de nieve resbaló y cayeron los dos quedando Lorenzo estribado, pero no perdió la serenidad ni el dominio y empezó a hablar al animal que se estuvo quieto hasta que pudo sacar el pie derecho de la cazoleta en que se había quedado prendido y se levantaron los dos siguiendo su camino. ¡Que trance! ¿Necesita algo más un buen jinete para acreditar su condición?